

Concha Zardoya

Lo religioso y lo humano en el arte de Berceo

(Ensayo)

PREAMBULO



UE dulce y grave su cuadernavía de románica influencia, hecha no para el sol sino para los crepúsculos y los amaneceres meditativos; inmóvil, y viviente, sin embargo.

Hay en ella terrores mezclados con preces y lágrimas arrepentidas. Hay milagros desgarradoramente tiernos e increíbles. Hay «huestes» caquéticas de demonios mistureros—«cativas bestias»—. Hay santos maravillosos que dialogan con trágicos calonges pecadores, pocas veces cotidianos. Hay todas estas cosas de sabor medioeval, tan queridas y perdidas para siempre; todas estas cosas estremecedoras, dolientes, acuchilladas por el terrible dualismo de su época, extrañas casi a nuestros ojos de hombres del veinte, sumidas en la ceniza del siglo, olvido permanente y preferible a todo otro olvido.

En cada Milagro, hay algo de brasa abandonada que se consume sola y cae envuelta en ruina, en arena, en medio de cosas abisales. Despide aquélla un polvo temporal que se nos une al alma. Hay sujetos de sangre singular, de substancias subcelestes, de substancias infernales, amigos de las más contrarias cosas: unos tienen asido el pecado carnal, el de avaricia, el de envidia; otros, el pacto diabólico; otros, la gracia marial; y todos, por último, la voracidad de ser redimidos.

El individuo que lee a Berceo se siente aislado de toda geografía circunvecina, sometido a esos raros elementos, impenetrables para muchos. Sólo el individuo que haya dialogado con santos de piedra, en los que viven hierba verde y nido de golondrina, recogiendo la lluvia en los pliegues de sus vestes; sólo el que haya monologado en cenobios y claustros románicos, es el predestinado a habitar, siquiera por poco tiempo, el país de los tetrástrofos berceanos, monocordes y alineados como «monótonas hileras de chopos invernales». Los poetas lánguidos que desfallecen en cancionetas, los histriones que cantan en los tablados, las mujeres galantes, los melodramáticos, los que se sienten amarrados a su traje cotidiano y ahitos de comida e inercia psíquica, no podrán penetrar en el imponderable territorio, No, no podrán penetrar. Sólo el que haya besado los senderos verticales y ascendentes del pensamiento de la Alta o Baja Edad Media, hecho humo en destierro. Sólo ese es el predestinado

EL ALMA DE SU EPOCA

En los siglos medios, lo abstracto, lo meramente ideal, necesita revestirse de formas que se vean y se toquen, para que pueda intelegirse. El ámbito entero de la vida espiritual busca expresión en imágenes sensibles: existe una necesidad ilimitada de prestar forma plástica a todo lo santo, de dar contornos rotundos a toda representación de índole religiosa, de tal suerte que se grave en el cerebro como una imagen impresa.

Así la vida de la cristiandad medioeval está penetrada de representaciones religiosas en todos sus aspectos. No hay cosa ni acción que no sean puestas continuamente en relación con Cristo y con la fe. Todo se encamina a una interpretación religiosa del universo.

Para la fe vulgar de la gran masa, la presencia de una imagen visible hacía completamente superflua la demostración intelectual de la verdad de lo representado por la imagen. Entre lo que se tenía representado con forma (en los capiteles románicos o góticos), o con color (en las vidrieras catedralicias) no había espacio para esta cuestión: ¿será verdad? Todas estas representaciones tornábanse directamente, ya como imágenes, objetos de fe.

El espíritu creía haber comprendido el Milagro, tan pronto como lo veía ante sus ojos. Tenían necesidad de adorar, bajo signos evidentes, lo no aprehensible en palabras. Fijábanse en el alma racional con precisión, límite y abigarrado colorido, dotados de to-

da la realidad que la Iglesia pedía de la fe. Los santos eran representados con corporeidad popular: van vestidos y equipados como el pueblo mismo. Así por ejemplo, el hábito de San Francisco es semejante al de los campesinos italianos. A diario podía reconocerse al señor San Roque o al señor San Santiago en apestados o en peregrinos vivos.

Esto no debe asombrarnos. Justamente por haber tomado el santo esa forma corporal, por haber atraído y haber hecho cristalizar en torno suyo tanta materia imaginativa, carece de lo que despierta horror: el carácter de lo siniestro. El miedo a lo sobrenatural radica en lo ilimitado de la representación, en la idea de que algo insólito pudiera rebelarse súbitamente en una nueva forma horrorífica, nunca antes sospechada. Tan pronto como se perfila y delimita la representación, nace un sentimiento de seguridad, de confianza. Los santos con sus figuras bien conocidas tienen carácter tranquilizador y, al mismo tiempo, de refugio; de este modo, permiten y estimulan que exista en la actitud de las gentes intimidad cordial, aunque respetuosa.

La vida del hombre medioeval es vivida en conexiones metafísicas, y conocida desde puntos de vistas metafísicos. Aunque aquél se sienta en ligazón absoluta con su nación y su oficio, este sentimiento no es en él nunca primario. Primariamente se siente como sujeto de la gracia, como algo eterno en órdenes eternos.

La idea central, la clave que nos abre la inteligencia del pensamiento, de la visión del mundo y de la

filosofía de la Edad Media, es la creencia de que el mundo es un cosmos, un todo ordenado, un conjunto que se mueve tranquilamente según leyes y ordenaciones eternas, las cuales, nacidas con el primer principio de Dios, tienen también en Dios su referencia última. Santo Tomás, el intelecto más preclaro de los que plasmaron la idea medioeval del mundo, considera que la finalidad de la filosofía consiste «ut in anima describatur totus ordo universi et causarum eius». (1).

La existencia terrena, para el hombre de la Edad Media, tenía contextura de algo eterno, por cuanto no era sino la realización temporal de un plan supratemporal, idealmente preestablecido y, en último término, de origen divino.

La vida era concebida con límites, como el mundo espacial: tenía en la creación su principio y en el Juicio Final su acabar, firmemente instituido por la fe. La imagen del mundo está siempre determinada por la imagen de Dios: el mundo y Dios son categorías correlativas.

En Dios no existe nada vacío, nada sin significación («nihil vacuum neque sine signum apud Deum»). Y como Dios adquirió forma sensible, había de cristalizar también en ideas sensibles cuanto procedía de El y en El encontraba su sentido. Y es así como nace aquella sublime representación del mundo—olvidada enteramente por los siglos modernos—, como un gran

(1): — «en imprimir en el alma el orden total del universo y de sus causas».

todo simbólico, como una catedral de ideas, como la más rica expresión rítmica y polifónica de todo lo que cabe pensar.

La concepción de la Edad Media halló su expresión más clara y más bella en el santo de Aquino y en Dante. Las obras de ambos no sólo tienen como contenido esta concepción medioeval, sino que hacen visible su belleza y su verdad esencial en su construcción, de la que se desprende que es realmente el «splendor veritatis».

Dante es el término de la cultura medioeval. La Edad Media está en él mucho más viva que aquella situación espiritual que gustamos llamar Renacimiento.

POSTURA RELIGIOSA. LO DIVINO Y LO HUMANO EN SU OBRA

El maestro Berceo concibe a la divinidad como un poder siempre en acción: «Dios es Dios en cuanto obra milagros». Del mismo modo considera a la Virgen. Sin embargo, quiere sacar partido de una apologética mínima: se esfuerza en hacer resaltar la necesidad y sublimidad de la intercesión marial para lograr, al fin y al cabo, desacreditarla en cierto modo, al menos ante nuestros ojos de hombres modernos, o, todo lo más, presentarla como cosa baladí, que se puede o no aceptar a gusto de cada uno. Y esto ocurre, porque humaniza demasiado a María, influenciado, claro está, por el clima religioso de su época. No podemos olvidar que

Berceo pertenece a su tiempo, como Azorín, Unamuno, Baroja y Maeztu al 98 y nosotros al nuestro, era de inmensos triunfos proletarios. Es decir, que su ideología es adecuada a la atmósfera espiritual que respira el pueblo del cual forma parte. Si no lo fuera así no habría sido hombre de carne y hueso, sino fantasma con apariencia humana, porque el maestro Gonzalo no es un pararrayos solitario que acoja toda la inspiración tremolante del éter supremo, del genio creador por antonomasia. Es un simple clérigo, de no escasa picardía goliardesca, de mediocre cultura latina, suficiente, sin embargo, para bien leer los códices que han de servirle como fuentes de inspiración de sus relatos hagiográficos y milagros, y que él ha de aderezar con maestría, añadiendo elementos adventicios, tales como notoria comicidad y fina ironía de sugestivos matices originales.

Y decimos que es un clérigo de no escasa picardía goliardesca, porque la lectura atenta de muchos de sus Milagros nos recuerdan la Confesión de Golias, si no en el fondo, en la forma. Un no sabemos qué de semejante hay en «la mala labor» que todas las noches realiza el «entorpadado» sacristán impúdico, con el «quicquid Venus imperat labor est suavis» y el «iocus est amabilis» del clérigo alemán.

¿Por qué tan acentuadamente humaniza el maestro a María? ¿Por qué construye una Virgen capaz de cólera, de iracundia, amenazadora, en cuyos labios hay palabras procaces, llenas de «sanna», como en los de la más indigna mujeruca del pueblo? No le basta a

Berceo el intento, fraguado o no, de escorzar una Madre de Dios vengativa, contadas veces dulce en estos Milagros, pero interesada siempre, sino que le confiere lenguaje que, de haberse sobrepasado un ápice tan sólo, poco le hubiera faltado para alcanzar el límite de lo soez. ¿Por qué?, repetimos. La inmediata respuesta está en su época: en la vida diaria llegó a tratarse las cosas divinas con verdadera familiaridad, por «lo espontáneo de la fe». No obstante, creemos, debía ocurrir sin la menor intención de burla, pero, a pesar de todo, esta familiaridad con todas las cosas santas, y la «manía» (si don Américo Castro nos permite volver a usar este término) de expresarlas plásticamente, conducía a formas que nos parecen imprudentes. La vida entera estaba tan empapada de religión que amenazaba borrarse, a cada momento, la distancia entre lo sagrado y lo profano. Existe un continuo intercambio entre la terminología religiosa y la mundana. (Ej. en Berceo: la actuación de María en «El clérigo ignorante» y en otros varios).

Y es así como lo inteligible y lo sensible riñen en la concepción de Berceo.

En estas «profanaciones» de la fe (perdón, don Américo), que tienen lugar en los siglos medios, y en su descarada mezcla con la vida del pecado, habla más bien una ingenua familiaridad con el culto divino, que una irreligiosidad sistemática.

El contraste entre piedad y pecado llega hasta extremos enigmáticos. La religiosidad tiene un carácter

convulsivo: inmoderada sensualidad y el golpe repentino de la iluminación diviná; viven emparejados la religión y el pecado. Más que en lucha, estimamos que subsisten en simbiosis única. Para nosotros, los célebres debates entre el alma y el cuerpo, entre el vino y el agua, entre la carne y el pescado, no son más que apariencias, anécdota pura, disquisiciones de tipo literario, afanes sin raigambre popular. No hay que buscar en nada de esto, apariencias de santidad o de vanidosa beatería: es una tensión entre dos polos espirituales, que apenas es posible al alma racional de nuestro siglo. Esta posibilidad es perfectamente compatible con el dualismo que hay en la fe, en un reino de Dios al que se opone, separado por un abismo, el mundo del pecado.

Para comprender el nexa vital de Berceo, del cristianismo medioeval, hay que tener en cuenta esa mezcla de libertad y de gracia, esa lucha, o esa simbiosis, entre el pecado y el orden. Haciendo que lo sobrenatural penetrase en la realidad patente, el catolicismo forzaba a las almas más groseras y decaídas a levantar la vista hacia él.

Tal vez Berceo tuvo este mismo propósito; al querer conmover a su público—pueblo al fin—, recurrió, a menudo, a burdas imágenes y parábolas que, si no en nosotros, en aquellas gentes de pobre espíritu avivaban seguramente la predicación de Cristo y su medianera.

Porque el maestro comprendió que «el otro mundo» en que se vivía en la Edad Media, no quitaba la sen-

sación del mundo empírico, puesto que éste se sustentaba por Dios y por El se veía protegido y sustentado.

Berceo, quizás, quiso demostrar que si el Dios del amor y del bien es el creador de este mundo lleno de pecado, es porque necesitaba que la misión del hombre consistiese en «servire liberaliter Deo». Necesitaba servidores cuya libertad hiciese loable y profundo su amor y su servicio. Porque servir libremente es muy otra cosa que servir necesariamente a Dios, en virtud de un orden establecido. Dios no quería el amor del hombre como necesidad ordenada, sino como libre entrega. Se le otorga al hombre la libertad de apartarse de Dios y de arrepentirse, posibilidad de volver a Dios. Porque el mérito es de quien—como dice Santo Tomás—somete todos sus instintos a la razón.

Las plegarias, el «enclin», podrían significar en Berceo el terrible enunciado agustiniano de la Edad Media: «nulla salus extra ecclesiam».

Pero también podían representar el «mal de la época»: la forma de la religión llega a ser considerada por los fieles como si en ella estuviera el contenido de ella misma con las formas en uso. Los que no sienten íntimamente la religión no pueden comprenderla de otra manera, hasta el punto, de que si no tuvieran las formas religiosas se quedarían sin nada. Pero también aquéllos que viven verdaderamente la religión necesitan formas tangibles—como Berceo—para ejercer su influencia catequística en los demás hombres.

Considéranse substancia de la religión, las doctrinas, las reglamentaciones, las formas del culto. (Ej: el Ave María del «Sacristán impúdico»).

La religión deviene en «religión de la ley y de las formas». La fe viva es arrollada por la pasiva profesión de fe. La consagración individualista a Cristo es substituída por la Cristología; el culto a María, por la Mariolatría; en vez del rezo que brota del corazón, himnos solemnes y letanías.

Siglos más tarde, la Reforma protestante se alzaría contra estos defectos de la Iglesia medioeval, propugnando el libre albedrío en la estimación del Evangelio. El protestantismo ha disociado el mundo terrestre del supra-terrestre, que el Reino de Dios no puede abarcar conjuntamente: el único nexo que subsiste entre ellos es el que resulta de la relación entre Dios y el alma.

En realidad, la sociedad medioeval, como ninguna otra posterior no está de acuerdo con el Evangelio, pues éste es una verdadera negación del mundo: «si tu mano te hace tropezar, córtala; si tu ojo te hace tropezar, arráncalo, etc.». La única vida consecuente con el Evangelio es el ascetismo, la vida monacal. El Evangelio exige a los hombres el santo dominio de sí mismos, la vigilancia incansable y el aniquilamiento del adversario. Porque Cristo no pertenece al Evangelio como un elemento, sino que fué el Evangelio hecho hombre, fué la fuerza misma del Evangelio.

El cristiano de los siglos medios, como el de todas

las épocas, vive en medio de las vanidades del mundo, esto hace que se presente de un modo apremiante la interrogación siguiente: «¿hasta qué punto le es lícito al hombre participar de la vida mundanal, sin dejar de ser cristiano?».

Tal cosa es, con seguridad, la que Berceo hace resaltar, además de la intercesión milagrosa de la Virgen, a lo cual debe agregarse el único interés de suscitar la fe: principio, medio y fin, de la vida medioeval. Los Milagros de Berceo envuelven una ligera crítica contra el epicureísmo, ritualismo y superficialidad del culto tradicional. El culto a los santos ocupa, en la obra berceana, un lugar destacado, y que puede ser definido como una religión cristiana de categoría inferior. Examinando esta tesis a fondo notamos que esta faceta de la vida religiosa medioeval proviene del multiforme patrimonio helénico incorporado en la Iglesia, el cual sólo se reduce a cambiar de apelaciones a los santos, substitutos de los innumerables dioses de la mitología pagana.

COTEJO DE VARIAS ESTROFAS DE LOS «MILAGROS» CON LA FILOSOFIA Y LA VIDA RELIGIOSA DE SU TIEMPO

En la obra de Berceo está contenida la diferencia de clases, sociedad que en la Edad Media se considera justa. Así, en el milagro de «La casulla de San Ildefonso», señala como palabras de «mui grandi livan-

dat», como aberración aquéllas que pronuncia el sucesor del santo en la «cátedra», arzobispal: envidiando la casulla inconsútil del que la Virgen honró. Palabras de «mui grand liviandát» y, sin embargo, de perfecto acuerdo con el Evangelio y la vida de Cristo:

Disso unas palabras de mui grand liviandát:
«Nunca fué Illefonso de maior dignitat,
tambien so consegrado como él por verdat,
todos somos eguales enna umanidad».

He aquí que Berceo y la Iglesia medioeval se alzan contra Cristo y el Evangelio, obedientes a la concepción jerárquica del universo que sustenta la filosofía escolástica y, principalmente, la «Summa Theológica». En esta última, Santo Tomás dice: «En el seno de la humanidad hay dispuesta una jerarquía eterna y firme de señorío y servidumbre entre el pueblo, los nobles y los eclesiásticos. Finalmente, la naturaleza toda, comprendidos el hombre, el animal y el ángel, sirve a la glorificación del Ser Supremo, que los ha creado a ellos y a su orden, y que los conserva y guía . . . » (1).

No es difícil considerar en estas líneas, como la metafísica en el santo italiano, no sólo fundamenta la historia, la ética y la doctrina política, sino que las comprende dentro de sí. No olvidemos, empleando una

(1) «Summa theológica», I. 65. 2.

fórmula, que en el pensamiento medioeval es metafísico, contrario al moderno, que es histórico.

Piensa que la relación entre Dios y hombre es tan esencialmente ahistórica como la de padre e hijo, pero que es la única llamada a representar el punto central y la unidad de la evolución en la vida. Esta fe en el orden preestablecido de la historia y en su forma externa y limitada originó, pues, para la conciencia medioeval, la inclusión de la historia dentro de la gran realidad eterna. La historia fué considerada, no en los accidentes del acontecer exterior, sino en la necesidad de la esencia interior. No se buscaba la comprobación de los hechos, «tal y cómo habían sido realmente» (Ranke), sino que, en lo acontecido, buscábase lo eterno. El historiador en la Edad Media es el escritor de leyendas, que manifiesta en historias acaso «falsas» la esencia de las personas y acontecimientos. Pensemos, por ejemplo, en las «Fioretti de San Francisco». ¿Dónde hay más verdad histórica, en ellas o en las modernas biografías de Platón? Es que el hombre moderno considera la evolución histórica como una exigencia moral y desoye la voz de la eternidad, por escuchar los supuestos imperativos de la hora. Es que el espíritu moderno, en vez de preguntar primariamente por el «ser», pregunta por la historia.

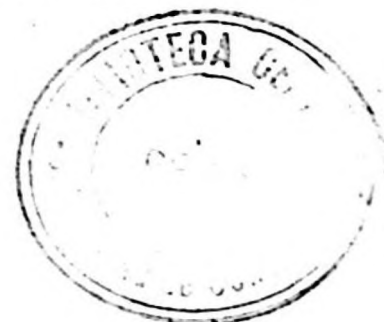
Volvamos a Berceo.

San Francisco de Asís, revolucionario para la Edad Media, haría, con el ejemplo de su vida, que la sociedad retornase al Evangelio, que retornace a la cari-

dad primitiva. Retorno que, sin embargo, empieza ya a esbozarse en Francia con la guerra de los albigenses (s. XII y XIII), opuestos a la Roma que mantenía el sistema de cosas que ya hemos pergeñado.

Que la sociedad retornase al Evangelio, repetimos, al Evangelio que desdeñaban Berceo y los escolásticos; al Evangelio de la filosofía patristica. Y él es quien realiza el milagro, fecundo o no: «el poverello» es antecedente de la Contra-Reforma o verdadera Reforma, según la catolicidad de la Iglesia corrompida y simoniaca. Antecedente, claro está, de muy diversa índole que su efecto. Francisco, mediante la dulzura, la caridad y la alegría, instiga a las almas hacia Cristo y su Evangelio. La Contra-Reforma, por el contrario, engendra el Santo Oficio y los rígidos, en nada tiernos, falangistas de Loyola, herméticos, fúnebres, enemigos del sol y los campos que tanto ama el de Asís, enemigos de la cándida locuacidad que tanto practica con pájaros, lobo y hierba, el dulce franciscano.

La lectura de «Los Milagros de Nuestra Señora» nos voltea ante los ojos la visión cabal y exacta del mundo prefranciscano, mundo que sólo se justifica por la fe. Para Berceo y para los clérigos de su época y para toda la cristiandad de entonces, el «pecare fortiter», del que Lutero haría continuo alarde, no significaba lo que ahora significa para nuestro siglo. Practicaban ellos una «delectatio morosa» por el pecado porque estaban ciertos de que luego serían redimidos: la fe les salvaría; la fe que afirmaban y construían con Aves Ma-



rias, enclines e invocaciones. Sustentaban una idea de lo obsceno, diferente a la de nosotros. Pensaban que «*naturalia non sunt turpia*». Nosotros, contrariamente, creemos que las cosas santas han de ser tratadas santamente: «*sancta sancte tractanda sunt*».

Por esto, los milagros berceanos, al presentarnos este mundo ya descrito, están estructurados bajo aspecto de dualidad: fe y pecado; fe que redime a pesar de todo, por haber sido fiel a María o al santoral, aunque esta filialidad sea discutible para nuestra moral moderna.

El maestro Gonzalo, si no es contrario a la escolástica, está en pugna con la teología que aconseja: «*Noli foras ire. In te ipsum redi. In interiore hominis habitat veritas. Scendere ad Deum hoc est intrare in se ipsum. Habita tecum*». (1)

• • •

Proseguimos nuestro cotejo.

En el mismo Milagro de «La casulla de San Ildefonso», encontramos dos estrofas que interesan particularmente. En la primera, que transcribiremos, insiste aún en su característico medieovalismo, haciendo hincapié en que «con las cosas no se juega»:

... Si oviesse su lengua un poco retenido,
non seria en la ira del Criador caido,
ond dubdamos que es, mal peccado, perdido.

(1) «No vayas fuera. Entra en ti. En el interior del hombre habita la verdad. Ir a Dios es entrar en sí mismo. Vive en ti».

Las dos siguientes encierran claro valor espectacular, a manera de eficiente apologética:

Mandó a los ministros la casulla traer,
por entrar a la missa la confession fazer;
mas non li fo sofrido ni ovo el poder,
ca lo que Dios non quiere nunca puede seer.

Pero que ampla era la sancta vestidura,
issioli a Siagrio angosta in mesura.
príssoli la garganta como cadena dura,
fué luego enfogado por la su grand locura.

Vamos a ocuparnos de la técnica estilística de Berceo. Richard Becker nos ha facilitado la tarea. Su manuscrito latino de la Biblioteca de Copenhague coincide en espíritu con el texto de Berceo. Un ejemplar (copia de imprenta, también en latín) se halla en la Biblioteca de Estudios Históricos de esta ciudad. Gracias a esta buena suerte hemos podido cotejar dicho manuscrito con la obra marial del maestro Gonzalo. Aquí sólo examinaremos, por falta de espacio (el sabido tópico!), «El sacristán impúdico».

El manuscrito de Becker relata escuetamente la aventura loca del sacristán. Berceo, en primer lugar, amplifica la leyenda, añadiendo concepciones generales de su tiempo. Intensifica y sobrecarga el latín con elementos de su siglo. Convierte lo particular en universal, lo personal en ultraterreno, y confiere valor de

categoría. La disputa de María con el «sotil» diablo es un espectáculo semejante al que presenta la vida política de su tiempo: luchas, envidias, etc.

Todos estos elementos que añade, a pesar de ser singularmente originales, no tienen una autenticidad subjetiva. El Arcipreste de Hita habría de superarle ampliamente, y, sobre todo, por haber encajado en su obra el propio estremecimiento de su vida. Juan Ruiz, con su «gaudium vitae», anunciarían tiempos nuevos, del mismo modo que el Petrarca con su «tedium vitae».

Y finalmente, copiamos las estrofas que hemos comentado para que los lectores que necesiten una inmediata comprobación, la tenga a la mano:

Propuso la Gloriosa palabra colorada:
 «Con esta alma, foles, (locos)—diz—, non avedes
 [nada,
 mientras fué en el cuerpo fué mi acomendada,
 agora prendrie tuerto por yr desanparada».

De la otra partida recudió el vozero,
 un savidor diablo sotil et muy puntero:
 «Madre eres de fijo, alcalde derecho,
 que nol place la fuerza nin es end plazerero.

Esripto es que al omme alli do es fallado,
 o en bien o en mal por ello es iudgado:
 si soti tal decreto por ti fuere falssado,
 el pleit del Evangelio todo es descuiado» r

«Fabras,—diz la Gloriosa—, a guis de cosa
[nescia:

non te riepto, ca eres una cativa bestia:
quando ixió de casa, de mí priso licencia,
del pecado que fizo yol daré penitencia.

Serie en fer vos fuerza non buena parecencia;
mas apello a Cristo, a la su audiencia,
El que es poderoso, pleno de sapiencia:
de la su boca quiero oir esta sentencia».

Antes de terminar, hacemos notar la situación de anarquía en que se coloca la Virgen al pretender conferir penitencia, atributo de Dios solamente.